

Y desde aquel momento, no sólo llamó Antonia á Hoffmann con el nombre de hermano, sino que el maestro Gottlieb le llamó hijo suyo.

(Eserito durante la primera representación de la *Guerra de las Mujeres*.)

IX

El Juramento

Quizás se preguntará el lector ó más bien nos preguntará, cómo habiendo muerto cantando la madre de Antonia, permitía el maestro Gottlieb que su hija, es decir, el alma de su alma, se arriesgase en un peligro semejante al en que había sucumbido su madre.

El pobre padre había temblado en efecto al oír los primeros ensayos de Antonia, ni más ni menos que como tiembla una hoja cuando oye cantar algún pájaro á su alrededor. Pero Antonia era un verdadero pájaro, y el anciano notó bien pronto que el canto era su lenguaje natural. Así al darle Dios una voz tan extensa, que tal vez no habría otra semejante en el mundo, daba á entender que á lo menos bajo este aspecto nada tenía que temer el maestro Gottlieb. Cuando unió al don natural de su hija el estudio de la música; cuando puso ante sus ojos los más intrincados laberintos del solfeo y vió que los vencía al punto con maravillosa facilidad, sin muecas y sin esfuerzos, sin que apareciese una cuerda en el cuello ni un pestaño en los ojos, comprendió la perfección del instrumento; y como Antonia, al cantar los trozos compuestos para las voces de más extensión,

se quedaba siempre muy por debajo de lo que podía hacer, se convenció de que no había riesgo alguno en dejar que el ruiseñor siguiese la tendencia de su melodiosa vocación.

Pero hay una cosa; y es que el maestro Gottlieb no se había acordado de que la cuerda de la música no es la única que resuena en el corazón de las jóvenes, ni de que hay otra cuerda mucho más débil, mucho más vibrante y mucho más mortal: ¡la del amor!

Esta cuerda se había despertado en el corazón de la pobre muchacha al sonido del arco de Hoffmann; bordando y con la cabeza agachada en la habitación inmediata á la en que se hallaban el joven y el anciano, había oído y había levantado la cabeza al eco primero que había atravesado por el aire: se había puesto á escuchar, y poco á poco había penetrado en su alma una sensación extraña, y había circulado temblorosa por sus venas. Entonces se había levantado lentamente, apoyando una mano en la silla mientras se le escapaba la tela en que estaba bordando, de los dedos entreabiertos de la otra: se había quedado inmóvil por un momento, y luego se había acercado muy despacio á la puerta, y como ya hemos dicho, sombra evocada de la vida material, se había aparecido á la puerta del gabinete del maestro Gottlieb Murr, semejante á una visión poética.

Ya hemos visto cómo la música había fundido en su ardiente crisol aquellas tres almas en una sola, y cómo había llegado á ser Hoffmann, al acabarse el concierto, el amigo íntimo de la casa.

Era la hora en que el anciano Gottlieb acostumbraba á sentarse á la mesa: convidó á Hoffmann á que comiese con él y Hoffmann aceptó el convite con la misma familiaridad con que se le había hecho.

Entonces y sólo por algunos instantes, la hermosa y poética virgen de cánticos divinos, se convirtió en exce-

lente ama de gobierno. Antonia sirvió el té como Clarisa Harlowe, partió rebanadas de pan y les puso manteca como Carlota, y acabó por ponerse también á la mesa y por comer como una simple mortal.

Los alemanes no entienden la poesía como nosotros: en nuestra amanerada sociedad, toda mujer que bebe y come se despoetiza. Si una joven linda se sienta á la mesa lo hace para presidir la comida; si tiene un vaso delante, le sirve para meter en él sus guantes y eso si se los llega á quitar; si tiene una servilleta la usa tan sólo para desgranar en ella al fin de la comida un gajo de uvas, cuyos granos más dorados consiente á veces en chupar la vaporosa criatura, ni más ni menos que como hace una abeja con la miel de la flor.

Fácil es comprender, habiéndose visto ya el modo como fué recibido Hoffmann en la casa del maestro Gottlieb, que volviese al día siguiente y al otro y al otro. Al parecer, las frecuentes visitas de Hoffmann no inquietaban en lo más mínimo al amo de la casa, pues su hija era tan pura y tan modesta y tenía tanta confianza en su padre, que éste no podía sospechar que fuese capaz de cometer una falta. Antonia era para él Santa Cecilia, la Virgen María, un ángel de los cielos; y la esencia divina preponderaba tanto en ella sobre la materia terrestre, que el anciano Gottlieb no juzgó oportuno el decirle que había más peligro en el contacto de dos cuerpos, que en la unión de dos almas.

Hoffmann, pues, era dichoso; tan dichoso como puede serlo una criatura honrada y mortal. El sol de la alegría jamás alumbra enteramente el corazón del hombre: hay siempre, en algunos puntos de él, una mancha sombría que le recuerda que la felicidad completa no existe en el mundo, sino solamente en el cielo.

Pero Hoffmann tenía una ventaja sobre los demás seres de su especie. Muchas veces el hombre no puede explicar

la causa del dolor que pasa por medio de su bienestar, de la sombra oscura y negra que se proyecta en su radiante felicidad.

Hoffmann, sin embargo, sabía qué era lo que le hacía desgraciado.

Era la promesa que le había hecho á Zacarías Werner de ir á París á reunirse con él; era el extraño deseo de visitar á Francia, deseo que desaparecía cuando Hoffmann se hallaba delante de Antonia; pero que volvía á parecer cuando se hallaba solo; y había más aun, y es que mientras más tiempo pasaba y más instaban las cartas de Zacarías, recordando á su amigo la palabra que le había dado, más se entristecía éste.

La presencia de la joven no era ya suficiente para lanzar de la imaginación de Hoffmann el fantasma que le perseguía hasta cuando estaba en presencia de Antonia. Muchas veces, hallándose junto á ella, se ponía á pensar y se quedaba sumido en una abstracción profunda. ¿En qué pensaba entonces? en Zacarías Werner, cuya voz creía oír. Muchas veces sus ojos, distraídos al principio, concluían por fijarse en un punto del horizonte. ¿Qué veían aquellos ojos, ó más bien dicho, qué creían ver? El camino de París, y luego en una de las vueltas de aquel camino, á Zacarías marchando delante y haciéndole señas para que le siguiera.

Poco á poco, el fantasma, que se había aparecido á Hoffmann con intervalos raros y desiguales, volvió con más regularidad periódica, y acabó por perseguirle con un martirio continuo.

El amor que Hoffmann tenía á Antonia aumentaba diariamente: conocía que Antonia era necesaria á su vida, que era la felicidad de su porvenir; pero conocía también que antes de echarse en los brazos de aquella felicidad, y para que fuese duradera, debía realizar la peregrinación proyectada, y que si no la realizaba, este

deseo, por raro y extravagante que fuese, le roería el corazón en que estaba encerrado.

Un día hallándose sentado junto á Antonia, mientras el maestro Gottlieb copiaba en su gabinete el *Stabat Mater* de Pergoleso con la idea de que se ejecutase en la academia filarmónica de Francfort, cayó en una de sus abstracciones mentales, y Antonia, después de haberlo estado mirando mucho tiempo, le tomó ambas manos y le dijo:

— Es menester que vayáis, amigo mío.

Hoffmann la miró con asombro.

— ¿Ir? repitió, ¿y adónde?

— Á Francia; á París.

— ¿Y quién os ha dicho, Antonia, ese pensamiento secreto de mi corazón, que yo no me atrevo á confesarle á mi mismo?

— Podría muy bien deciros que soy una hada poderosa, Teodoro, y añadir: He leído vuestro pensamiento: lo he leído en vuestros ojos; lo he leído en vuestro corazón; pero si os lo dijera, mentiría. No; lo que únicamente he hecho, ha sido acordarme, y nada más.

— ¿Y de qué os habéis acordado, mi amada Antonia?

— Me he acordado de que la víspera del día en que vinisteis por primera vez á ver á mi padre, había estado aquí Zacarías Werner y nos había contado el proyecto que habíais formado, y el ardiente deseo que teníais de ir á París: deseo alimentado durante un año y muy próximo á realizarse. Después me contasteis cómo os había sido imposible partir y me dijisteis que la primera vez que me habíais visto, se había apoderado de vos ése irresistible sentimiento de que fui presa: después con sólo escucharos, y ahora os queda que decirme esto: que siempre me amáis lo mismo. Hoffmann hizo un movimiento. — No os molestéis en decírmelo; lo sé, continuó Antonia; pero que hay algo más poderoso que este amor, y es el

deseo de ir á Francia, de reuniros con Zacarías, en fin, de ver á París.

— ¡Antonia! exclamó Hoffmann; todo lo que acabáis de decir es verdad, menos una cosa; y es que haya en el mundo algo más poderoso que mi amor! No, os lo juro, Antonia; ese deseo, deseo extraño y que no comprendo, hubiera permanecido sepultado en mi corazón, si vos misma no lo hubierais sacado de él. No, os equivocáis, Antonia: hay una voz que me llama á París; una voz más fuerte que mi voluntad, y á la cual, sin embargo, os lo repito, no hubiera obedecido: ¡esa voz es la del destino!

— Sea: cúmplase nuestro destino, amigo mío. Partiréis mañana: ¿cuánto tiempo queréis?

— Un mes Antonia; dentro de un mes estaré de vuelta.

— Con un mes no tendréis bastante, Teodoro: al cabo del mes no habréis visto nada; os doy dos, tres, todo el tiempo que queráis; pero exijo de vos una cosa, ó más bien, dos cosas.

— ¿Cuáles son, querida Antonia? ¡decid pronto!

— Mañana es domingo; es día de misa: observad desde la ventana como lo hicisteis el día de la partida de Zacarías Werner, y me veréis, amigo mío, como aquel día, si bien más triste, subir las gradas de la iglesia; bajad entonces para reuniros conmigo, tomad asiento junto á mí, y en el momento en que el sacerdote consagre la sangre del Señor, me juraréis dos cosas: serme fiel y no volver á jugar.

— Os juraré cuanto queráis, amada Antonia; y en este mismo instante, os juro...

— Silencio, Teodoro; mañana juraréis.

— Antonia, Antonia, sois un ángel.

— Y en el momento de separarnos, ¿nada tenéis que decir á mi padre?

— Sí, tenéis razón; ¡pero en verdad, Antonia, que

vacilo, tiemblo ! ¿quién soy para atreverme á esperar?...

— Sois el hombre á quien amo, Teodoro : id, id á ver á mi padre.

Y haciendo una seña á Hoffmann con la mano, abrió la puerta de una habitación transformada por ella en oratorio.

Hoffmann la siguió con la vista hasta que se cerró la puerta, y le envió con todos los besos de su boca, todos los impulsos de su corazón.

Después entró en el gabinete del maestro Gottlieb.

Éste se había acostumbrado de tal modo á los pasos de Hoffmann, que ni siquiera levantó los ojos del pupitre donde estaba copiando el *Stabat Mater*. El joven entró y se quedó en pie detrás de él.

Al cabo de un rato, el maestro Gottlieb, no oyendo nada, ni aun la respiración del joven, volvió la cara.

— ¡Hola ! ¿eres tú ? dijo volviéndose enteramente por mirar bien á Hoffmann con las gafas. ¿Qué vienes á decirme ?

Hoffmann abrió la boca, pero la volvió á cerrar sin haber articulado un sonido.

— ¿Te has vuelto mudo ? preguntó el anciano ; ¡cáspita ! sería una desgracia que un mocetón como tú, que tanto charlas en tomando la taravilla, no pudieras hablar ahora una palabra ; ¡ á no ser que sea castigo del cielo por haber abusado de ella !

— No, maestro Gottlieb ; gracias á Dios, no he perdido la palabra ; sino que lo que tengo que deciros...

— ¿Qué ?

— Me parece difícil de decir.

— ¡Bah ! ¿tan difícil es decir : Maestro Gottlieb, amo á vuestra hija ?

— Pues qué, ¿lo sabéis ?

— ¡Vaya ! pues buen loco, ó mejor dicho, buen tonto sería yo si no hubiera caído en ello.

— ¡Y habéis permitido, sin embargo, que siga amándola !...

— ¿Y por qué no lo había de permitir, si ella te ama ?

— Pero bien sabéis, maestro Gottlieb, que no tengo bienes de fortuna.

— ¿Y qué ? los tienen acaso las aves del cielo ? Y sin embargo cantan, se enlazan, fabrican su nido y Dios las alimenta. Los artistas nos parecemos mucho á las aves ; cantamos y Dios nos ayuda. Cuando no te baste con el canto te harás pintor, y cuando la pintura no sea suficiente á cubrir tus atenciones te harás músico. Ni era yo más rico que tú cuando me casé con mi pobre Teresa, y no obstante, jamás me faltó pan ni abrigo. Siempre he tenido necesidad de dinero y nunca me ha faltado. ¿Estás rico de amor ? esto es todo lo que te pregunto ; ¿mereces el tesoro que ambicionas ? he aquí todo lo que deseo saber. ¿Amas á Antonia más que á tu vida y á tu alma ? Pues entonces estoy tranquilo, porque sé que nunca le faltará nada. Si no la amaras, entonces sería otra cosa ; aun cuando tuvieras cien mil libras de renta, sé que estaría siempre falta de todo.

Hoffmann estuvo á punto de arrodillarse ante la adorable filosofía del artista ; acercóse al anciano y éste lo estrechó contra su corazón.

— Vamos, vamos, es cosa hecha ; verifica tu viaje, supuesto que te atormenta la sed de oír la horrible música de Mr. Méhul y de Mr. Delayrac ; enfermedad de juventud que se curará pronto. Estoy tranquilo ; realiza tu viaje, hijo mío, y vuelve, que aquí volverás á hallar á Mozart, Beethoven, Cimarosa, Pergoleso, Paesiello y Pórpura, y además al pobre Gottlieb y á su hija, á tu padre y á tu mujer. Vé, hijo mío, vé.]

Y el maestro Gottlieb volvió á abrazar á Hoffmann, quien viendo próxima la noche, juzgó que no tenía tiempo

que perder y se retiró á su casa para hacer los preparativos del viaje.

Al día siguiente, y desde muy temprano, estaba Hoffmann en su ventana: mientras más se acercaba la hora de separarse de Antonia, más imposible le parecía la separación. Todo el periodo brillante que acababa de recorrer su vida; aquellos siete meses que habían pasado como un día y que se presentaban á su memoria, ya como un vasto horizonte que abrazaba con una mirada, ya como una serie de días gozosos, viniendo unos tras otros risueños y coronados de flores; los cantos de Antonia, que le habían acariciado con la frescura de sus suaves melodías, todo esto tenía un suave atractivo tan poderoso, que luchaba casi con lo desconocido, con ese maravilloso encantador que se lleva consigo los más inexpugnables corazones y las almas más frías.

Á las diez apareció Antonia en la esquina de la calle en que siete meses antes, y á la misma hora, la había visto Hoffmann por primera vez. Lisbeth la seguía como de costumbre, y ambas subieron las gradas de la iglesia: cuando llegaron al último escalón, se volvió Antonia, vió á Hoffmann, le hizo una seña con la mano llamándole, y entró.

Hoffmann salió inmediatamente á la calle y entró después.

Antonia estaba ya arrodillada y rezando.

Hoffmann era protestante, y aquellos cantos escritos en otro idioma le habían parecido siempre ridículos; pero cuando oyó á Antonia salmodiar aquel canto tan dulce y tan extenso á la par, sintió mucho no tener la letra en la mano para unir su voz á la voz de Antonia, suavizada más aun con la profunda melancolía que en aquel instante la aquejaba.

Durante todo el tiempo del santo sacrificio, cantó con la misma voz con que deben cantar los ángeles en el

cielo; y luego cuando la campanilla del ayudante anunció la consagración de la hostia, y en el momento en que los fieles se hincaban ante el Dios que en manos del sacerdote se levantaba por encima de sus cabezas, Antonia fué la única que levantó la frente.

— Jurad, dijo.

— Juro, replicó Hoffmann con voz trémula; juro renunciar al juego.

— ¿No queréis hacerme más juramento que ese, amigo mío?

— ¡Oh! no; ¡esperad! Juro seros fiel en corazón y en espíritu, en cuerpo y en alma.

— ¿Y por qué objeto juráis eso?

— ¡Oh! exclamó Hoffmann en el colmo de la exaltación; lo juro por lo que más quiero, por lo que hay más sagrado para mí, por vuestra vida.

— Gracias, exclamó Antonia á su vez, porque me moriré si no cumplís vuestro juramento.

Hoffmann se estremeció y sintió tiritar todo su cuerpo; no sólo se arrepintió, sino que tuvo miedo.

El sacerdote bajaba las gradas del altar, llevando el santo sacramento á la sacristía.

En el momento en que pasaba el cuerpo divino del Señor, agarró Antonia la mano de Hoffmann, y dijo:

— ¿No es verdad, Dios mío, que habéis escuchado su juramento?

Hoffmann quiso hablar.

— Ni una palabra, ni una siquiera digáis: quiero que las que han formado vuestro juramento, y que son las últimas que habéis pronunciado, resuenen eternamente en mis oídos. Hasta la vista, amigo mío, hasta la vista.

Y escapándose, ligera como una sombra, dejó un medallón en las manos de su amante.

Hoffmann la vió alejarse como vería Orfeo á Euridice

fugitiva, y después de haber ella desaparecido, abrió el medallón.

Dentro de él se hallaba el retrato de Antonia, radiante de juventud y de hermosura.

Dos horas después ocupaba Hoffmann un asiento en la misma diligencia en que había ido á París Zacarias Werner, é iba diciendo y repitiendo :

— No tengas cuidado, Antonia, no tengas cuidado ; no jugaré y te seré fiel.

X

Una barrera de París en 1793

El viaje á Francia, que tanto había deseado el joven compositor y pintor, fué bastante triste, y no porque hallase al acercarse á París tantas dificultades como había encontrado al volver á las fronteras ; no : la república acogía mejor á los que llegaban que á los que partían.

Sin embargo, á nadie se consentía que saborease aquella preciosa forma de gobierno sin que antes cumpliese con cierto número de formalidades al parecer rigurosas.

Aquel fué el tiempo en que los franceses supieron escribir menos y en que escribieron más. Á todos los empleados de creación moderna les pareció conveniente el abandonar sus ocupaciones domésticas ó plásticas, y en su lugar firmar pasaportes, poner visto-buenos, conceder recomendaciones y ejercitarse, en una palabra, en todo lo que concierne al estado y cualidad del patriota. Jamás tuvo el afán de papelonear tanto desarrollo como

en aquella época : esta enfermedad endémica de la administración francesa, injertándose en el terrorismo, produjo las más famosas muestras de caligrafía grotesca de que puede haber conocimiento hasta el día de la fecha.

Hoffmann tenía su pasaporte de un tamaño notable por su pequeñez : aquel era el tiempo de las pequeñeces ; periódicos, libros, hojas sueltas, todo, cuando más, se publicaba en octavo común. El pasaporte del viajero se vió desde que llegó á Alsacia invadido por firmas de empleados, que se parecían mucho á las griegas que forman los borrachos andando diagonalmente por las calles, ya dando en una pared, ya en otra.

Vióse, pues, Hoffmann en la necesidad de añadir á su pasaporte una hoja y después otra : principalmente cuando llegó á Lorena, empezaron las firmas á crecer y á llegar á dimensiones colosales. Donde más ardiente era el patriotismo, más necios eran los que firmaban. Hubo un corregidor que llenó dos hojas por una y otra carilla para dar á Hoffmann el siguiente refrendo :

« Ofman, ques alemán, y amigo de la libertá vuerve á París á pié (1).

» Firmado, GOLIER. »

Cargado con aquel soberbio documento, que explicaba su patria, su edad, sus principios, su destino, y sus medios de transporte, Hoffmann no pensó más que en coser juntos aquellos retazos cívicos, y debemos decir, como fieles narradores, que cuando llegó á París llevaba ya un tomo bastante grande que, según decía, mandaría encuadernar en hoja de lata si trataba de hacer otro viaje, porque en la precisión de tener aquellos papeles siempre

(1) Auphemane, chune Allemans, hami de la libreté se randan á Pari ha pié.

en la mano, corrían gran riesgo si solamente los empataba.

En todas partes le decían:

— Amigo viajero, todavía se puede vivir en las provincias; pero lo que es París está cambiadisimo. Andad con cuidado, ciudadano, porque hay en París una policía muy quisquillosa, y como sois alemán, puede ser muy bien que no os traten como á buen francés.

Á lo que Hoffmann respondía con una sonrisa altiva, reminiscencia de la altivez de los Sparciatas cuando los espías de Tesalia trataban de robustecer los ejércitos de Jerjes, rey de Persia.

Llegó á la vista de París; era por la noche y las barreras estaban cerradas.

Hoffmann hablaba regularmente la lengua francesa; pero ó uno es alemán ó no lo es: si no lo es, tiene un acento que á fuerza de tiempo se puede hacer pasar por acento de una de nuestras provincias; pero si lo es, pasa uno siempre por alemán.

Es menester explicar los trámites que usaba la policía en sus barreras.

Después de cerradas las barreras, salían siete ú ocho individuos de las secciones, gente ociosa y llena de inteligencia: aficionados al sistema de Lavater, rondaban en escuadras fumando sus pipas alrededor de dos ó tres agentes de la policía municipal.

Aquella gente honrada, que de diputación en diputación había acabado por frecuentar todos los salones de los clubs, las oficinas de los distritos, y los rincones en que había penetrado activa ó pasivamente la política, aquella gente que había visto en la Asamblea ó en la Convención á todos los diputados, en las tribunas á todos los aristócratas masculinos ó femeninos, en los paseos á todos los elegantes famosos, en los teatros á todas las celebridades sospechosas, en las revistas á todos los ofi-

ciales, en los tribunales á todos los acusados más ó menos libres de acusación, y en las cárceles á todos los sacerdotes perdonados, aquellos dignos patriotas tenían en la memoria tan perfectamente á todo París, que cualquiera rostro conocido debía de llamarles la atención al pasar, y digámoslo de una vez, se la llamaba en efecto.

No era entonces muy fácil el ocultarse, porque el mucho lujo en vestir atraía las miradas, y la mucha sencillez excitaba sospechas. Como la poca limpieza era una de las insignias más generales del civismo, cualquier carbonero, aguador ó cocinero, podía ser un aristócrata; y si no bastaba con esta sospecha, no había más que verle las manos, porque era casi imposible el disfrazar completamente una mano blanca y de hermosas uñas. Además, ¿cómo disimular el talante aristocrático, hoy ya poco notable porque los más bajos llevan tacones muy altos, á veinte pares de ojos más ardientes que los del sabueso que rastrea?

Así es que desde que llegaba un viajero, se le registraba, se le tomaba declaración, se le molestaba completamente con una facilidad hija del uso, y una libertad hija de... la libertad.

Hoffmann pareció ante aquel tribunal el 7 de diciembre á cosa de las seis de la noche. El tiempo estaba sombrío y lleno de brumas y de nieve; pero los gorros de piel de oso y de fieltro, en que estaban aprisionadas las cabezas de los patriotas, les dejaban bastante sangre caliente en los sesos y en los oídos para que poseyesen toda su presencia de ánimo, y todas sus preciosas facultades investigadoras.

Hoffmann se vió detenido por una mano que se colocó blandamente sobre su pecho.

El joven viajero iba vestido con una casaca parda y un gran redingote, y sus botas alemanas dejaban ver la

forma de una pierna bastante coqueta, porque no había encontrado barro en la última jornada, y Hoffmann viendo que no podía marchar su carroza á causa del granizo, había andado seis leguas á pie por un camino ligeramente salpicado de nieve endurecida.

— ¿Adónde vas así ciudadano de las lindas botas? le preguntó el agente de policía.

— Voy á París, ciudadano.

— No vienes muy cansado, joven prussiano, replicó el agente, pronunciando la palabra prusiano con esta colección de *s* que trajo lo menos diez curiosos alrededor del viajero.

Los prusianos entonces no eran menos enemigos de Francia, que los filisteos de los compatriotas del israelita Sansón.

— Corriente, sí: soy prutsiano, respondió Hoffmann cambiando las seis *s* del agente en una *ts*; ¿y qué más?

— ¿Qué? que si eres prusiano, debes ser al mismo tiempo un espía de Pitt y de Colbourg.

— Leed mi pasaporte, repuso Hoffmann, enseñando su libro á uno de los literatos de la barrera.

— Ven, replicó éste volviéndose para llevar al extranjero al cuerpo de guardia.

Hoffmann siguió á su guía con la mayor tranquilidad.

Cuando, al resplandor de las humeantes velas de sebo, vieron á aquel joven nervudo, de miradas firmes y desordenados cabellos, estropeando el francés lo mejor que podía, exclamó uno de ellos:

— Lo que es éste no negará que es aristócrata: ¡qué manos y qué pies!

— Sois un necio, ciudadano, respondió Hoffmann; soy tan patriota como vos, y además, soy artista.

Al decir estas palabras sacó de su bolsillo una pipa colosal, cuyo fondo solamente un buzo alemán pudiera haber sondeado.

La vista de aquella pipa produjo extraordinario efecto en los seccionarios que saboreaban su tabaco en pipas mezquinas.

Todos se pusieron á mirar á aquel hombrecillo que amontonaba y amasaba en su pipa con la facilidad que da la costumbre, tabaco suficiente para una semana.

En seguida se sentó, encendió el tabaco metódicamente hasta que logró dejar encendida toda la superficie de la boca de la pipa, y después soltó, con intervalos de igual duración, nubes de humo que salieron agradadamente en columnas azuladas de sus narices y de sus labios.

— Fuma bien, dijo uno de los seccionarios.

— Y ha de ser hombre de reputación, dijo otro; mira sus certificados.

— ¿Qué has venido hacer en París? preguntó un tercero.

— Estudiar la ciencia de la libertad.

— ¿Y qué más? añadió el francés, á quien no llamó la atención la grandeza de esta frase sin duda por lo acostumbrado que estaba á oirla.

— La pintura, añadió Hoffmann.

— ¡Hola! ¿eres pintor como el ciudadano David?

— Exactamente.

— ¿Sabes pintar patriotas romanos desnudos, como él?

— Los pinto vestidos.

— No están tan bonitos.

— Eso es según y cómo, replicó Hoffmann con imperturbable sangre fría.

— Haz mi retrato, exclamó uno.

— Con mucho gusto.

Hoffmann tomó un tizón de la chimenea, apagó su luminosa punta, y en la pared blanqueada dibujó una de las caras que, por su fealdad, han deshonrado más á la capital del mundo civilizado.

El gorro de pelo y la cola de zorro, la boca babosa,

las espesas patillas, la mezquina pipa, la barba avanzada, todo salió tan bien copiado, que el cuerpo entero de guardia quiso verse retratado por el alemán.

Este se prestó con gusto á verificarlo, y trazó en la pared una colección de patriotas tan bien dibujados, que en todo, menos en la nobleza de modales, se parecían á los aldeanos de la ronda nocturna, pintados por Rembrandt.

Esto hizo que los patriotas se pusieran de buen humor y que se hicieran menos recelosos: el alemán fué considerado como parisiense; le ofrecieron cerveza, y él, como joven bien educado, les convidó á beber vino de Borgoña, lo que todos aceptaron con placer.

Entonces fué cuando uno, más astuto que los demás, se puso el dedo índice en la punta de la nariz, y guiñando el ojo izquierdo, le dijo á Hoffmann.

— Dinos una cosa, ciudadano alemán.

— ¿Cuál, amigo mío?

— Dinos el verdadero objeto de tu venida.

— Ya lo he dicho: la política y la pintura.

— ¡Ta! ¡ta! no; otra cosa.

— Puedo asegurarte, ciudadano.....

— Ya ves que no te hemos de denunciar: te protegeremos; pero aquí hay dos delegados del club de los cordeleros, dos de los jacobinos, y yo que soy del club de los hermanos y amigos: escoge entre nosotros el club á que hayas de hacer pleito homenaje.

— ¿Qué homenaje? dijo Hoffmann sorprendido.

— ¡Oh! no te escondas; es tan buena cosa que debes envanecerte por ello.

— En verdad, ciudadano, que no te entiendo; explícate.

— Mira á ver si yo sé adivinar, dijo el patriota.

Y abriendo el libro de los pasaportes señaló con su

dedo grasiento una página en donde bajo el título *Strasburgo*, estaban las siguientes líneas:

« Hoffmann, viajero, viene de Manheim, ha recogido en Strasburgo una cajita, que lleva estas iniciales: O. B. »

— Es verdad, dijo Hoffmann.

— ¡ Bueno! ¿y qué contiene esa caja?

— Ya lo he declarado en las oficinas de Strasburgo.

— Mirad, ciudadanos, lo que este mátalas callando trae aquí... ¿Os acordáis de la remesa de nuestros patriotas del Auxerre?

— Sí, dijo uno; era una caja de lardo.

— ¿Y para qué la mandó?

— Para suavizar la guillotina, dijo con satisfacción un coro entero de voces.

— Y bien, dijo Hoffmann algo pálido, ¿qué tiene que ver la caja que yo traigo con la que enviaron los patriotas del Auxerre?

— Lee, dijo el parisiense enseñándole su pasaporte; lee joven: « Viajando por política y por el arte. » ¡ Así está escrito!

— ¡ Oh! ¡ república! murmuró Hoffmann.

— Confiesa, pues, joven amigo de libertad; dile que eres su protector.

— Sería envanecerme de tener una idea que no se me ha ocurrido, replicó Hoffmann; no me gusta la gloria innecesaria; no: la caja que recogí en Strasburgo y que llegará en galeras, no contiene más que un violín, un cajón de pintura y algunos lienzos enrollados.

Estas palabras disminuyeron mucho la estimación con que algunos habían mirado á Hoffmann. Se le devolvieron sus papeles, y se aceptaron sus copas de vino, pero no se le miró ya como al salvador de los pueblos oprimidos.

Uno de los patriotas añadió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

— Se parece á Saint-Just ; pero quiero más á Saint-Just.

Hoffmann, gracias á la chimenea, al tabaco y al vino de Borgoña, se quedó por un poco de tiempo pensativo y silencioso ; mas alzando de repente la cabeza, preguntó :

— ¿ Se hacen ahora muchas ejecuciones ?

— ¡ No va mal, no va mal ! La guillotina anda más despacio desde la ejecución de los Brisotins ; pero basta con lo que hace.

— ¿ Y sabéis en dónde podré encontrar una cama buena, amigos míos ?

— En todas partes.

— La quiero en buen sitio.

— ¡ Ah ! pues entonces véte á vivir cerca del muelle de las Flores : ¿ sabes en dónde está ?

— No ; pero me gusta esa palabra flores : ya se me figura que estoy en ese muelle. ¿ Por dónde se va ?

— Sigue todo derecho por la calle del Infierno y llegas al muelle.

— ¡ Muelle ! ¡ estará uno á la orilla del agua !

— Exactamente.

— Y esa agua, ¿ es el río Sena ?

— El Sena.

— ¿ Conque el muelle de las Flores está á la orilla del Sena ?

— Conoces á París mejor que yo, ciudadano alemán.

— Gracias. ¿ Puedoirme ya ?

— No tienes ya que hacer más que una cosa, y es pasarte por casa del comisario de policía y pedir una carta de permanencia.

— Muy bien : ¡ adiós !

— Espera. Con ese permiso del comisario, irás á la policía.

— ¡ Ah !

— Y darás las señas de tu habitación.

— Corriente : ¿ se acabó ya ?

— No ; te presentarás á la sección.

— ¿ Para qué ?

— Para justificar tus medios de subsistencia.

— Haré todo eso ; ¿ no hay más ?

— Sí ; tendrás que hacer donaciones patrióticas.

— Con mucho gusto.

— Y jurar odio á los tiranos franceses y extranjeros.

— Con todo mi corazón. Gracias, ciudadano.

— Y además, es menester que no se te olvide escribir en letra clara tus nombres y apellidos, y ponerlos en un cartel á la puerta de tu casa.

— Lo haré así.

— Pues véte, ciudadano ; ya estás de más.

Las botellas estaban vacías.

— Adiós, ciudadanos ; gracias por la amabilidad.

Y Hoffmann partió acompañado de su pipa que ardía más que nunca.

De este modo verificó su entrada en la capital de la Francia republicana.

Mucho la había gustado la voz — muelle de las Flores — y ya creía verse instalado en una habitación cuya ventana daba al dicho muelle.

No se acordaba ni de diciembre ni del Norte, ni de la nieve, que es la muerte periódica de toda la naturaleza. Las flores se abrían en su imaginación bajo el humo que salía de sus labios : veía el Sol, aun cuando era de noche, y olía los jazmines y las rosas, á pesar de todas las cloacas del barrio.

Daban las nueve cuando llegó al muelle de las Flores, que estaba tan sombrío y desierto como los dos muelles del Norte en invierno, y aun aquella noche estaba más desierto y más sombrío que ningún otro.

Hoffmann tenía mucha hambre y mucho frío para

filosofar por el camino ; pero no halló ninguna fonda en el muelle.

Levantando los ojos logró hallar, por fin, en la esquina de la calle de la Barillerie una gran farola encarnada entre cuyos vidrios temblaba una mustia lucecilla.

Aquella farola pendía, balanceándose, de una vara de hierro muy á propósito, en aquel tiempo de tumultos, para colgar á un enemigo político.

Hoffmann vió estas palabras escritas con letras verdes en los vidrios rojos : Habitaciones en arriendo. Alcobas y gabinetes amueblados.

Llamó apresuradamente á la puerta de la casa, se abrió, y entró á tientas.

Una voz brusca le gritó :

— Cerrad la puerta. Y un gran perro ladrando parecía que le decía además.

— ¡ Cuidado con las piernas !

Arreglado el precio con la posadera y escogido el cuarto, se halló poseedor de una habitación de quince pies de largo y ocho de ancho, gabinete y alcoba á la par, mediante la suma de treinta sueldos por día, que se habían de pagar por la mañana al tiempo de levantarse.

Hoffmann estaba tan contento que pagó quince días de adelantado por temor de que le disputasen la posesión de tan lindo departamento.

Hecho esto, se acostó en una cama bastante húmeda ; bien es verdad que toda cama es cama para un viajero de diez y ocho años.

Y por otra parte, ¿ cómo andarse con rodeos cuando se tiene la dicha de vivir en el muelle de las Flores ?

Además, Hoffmann se acordó de Antonia, y Antonia se le presentó en la imaginación : ahora bien, decid : ¿ no está el paraíso en donde se hallan los ángeles ?

XI

De como estaban cerrados los museos y las bibliotecas y abierta la plaza de la Revolución

La habitación que había de servir de paraíso terrestre á Hoffmann durante quince días tenía, como ya he dicho, una cama, y como digo ahora, una mesa y dos sillas.

Tenía además una chimenea adornada con dos vasos de vidrio azul de flores artificiales. Un genio de la libertad hecho de azúcar aparecía bajo una campana de cristal en que se reflejaba su bandera tricolor y su gorro frigio.

Un candelero de cobre, una vieja rinconera de palo de rosa, y un tapiz del siglo XII en lugar de cortinas, completaban el mueblaje, tal como apareció á los primeros rayos de la luz del día.

Aquel tapiz representaba á Orfeo tocando el violín para rescatar á Euridice, y este violín trajo naturalmente la imagen de Zacarías Werner á la memoria de Hoffmann.

— ¡ Amigo querido ! murmuró nuestro viajero : él está en París, y yo también : casi puedo decir que estamos juntos ; hoy lo veré, ó á más tardar, mañana. ¿ Por dónde empezaré ? ¿ de qué medio me valdré para no perder el tiempo y verlo todo ? Hace muchos días que no veo más que cuadros vivos muy feos ; vamos pues al salón del Louvre, del ex-tirano, y veremos cuadros hermosos de Rubens y de Pussino : vamos pronto.

Y mientras no era tiempo oportuno, se levantó para examinar el cuadro panorámico de su calle.

Un cielo pardusco, nublado, barro negro al pie de los